

Historia Oral: una brújula para los desafíos de la Historia

Marieta de Moraes Ferreira^{*}

Grandes transformaciones marcaron el debate historiográfico en los últimos tiempos. Pero muy pocos historiadores han preservado la creencia en la capacidad de la historia de producir un conocimiento totalmente objetivo y recuperar el pasado. La objetividad de las fuentes escritas con que trabaja el historiador ha sido definitivamente cuestionada.

Como se sabe, la historiografía de la Antigüedad Clásica recurrió a los testimonios directos para construir los relatos. Ese tipo de fuente fue desclasificado en el siglo XX por historiadores que defendían la validez del estudio del *tiempo presente*. Sin embargo, la incorporación a la disciplina histórica del estudio de la historia reciente y del estudio de fuentes orales no es indiscutible: muchas veces se ve con sospecha y de forma negativa.

La propuesta de este texto es discutir el porqué de esta situación. Para hacerlo, no hay nada mejor que enfocar la mirada sobre la historiografía y observar cómo la historia reciente y las fuentes orales han sido encaradas por diferentes concepciones de la historia, lo que condujo, en cada caso, a la desconfianza y a la descalificación de ambas por los historiadores. Nuestra intención es destacar cómo puede la historia oral ser un instrumento de crítica y renovación de la Historia como disciplina en el siglo XXI.

^{*} Doctora en Historia; Profesora del Departamento de Historia de la Universidad Federal de Río de Janeiro - UFRJ; investigadora del Centro de Investigación y Documentación de Historia Contemporánea de Brasil de la Fundación Getulio Vargas-CPDOC/FGV; presidenta de la Asociación Internacional de Historia Oral (IOHA) 2000-2002

1. La emergencia del oficio de historiador, la interdicción de la historia reciente y el uso de testimonios directos

¿Por qué, en el siglo XIX, la historia reciente, llamada entonces contemporánea, se volvió un objeto problemático? El punto de partida para entender el proceso es la constatación del triunfo de una determinada definición de la historia, a partir de la institucionalización de la propia historia como disciplina universitaria. Dicha definición, fundada sobre una ruptura entre pasado y presente, atribuía a la historia la interpretación del *pasado* y consideraba que sólo los individuos que tuviesen una formación especializada podrían ejecutar correctamente esa tarea.

Antes de 1880, la historia en Francia era una disciplina sin real autonomía, dominada por la literatura y la filosofía y subordinada al juego político de las coyunturas. La investigación histórica estaba bajo control de los eruditos tradicionales, hostiles a la República, y no había una enseñanza especializada de historia. La ausencia de formación para la investigación histórica explica la gran heterogeneidad de normas para su práctica (Noiriel, 1990.)

Gabriel Mond, fundador de la *Revue Historique* (1876), afirmaba en el primer número de la revista que casi todos os predecesores eran autodidactas. En los libros de historia se destacaban dos tipos de personas. En las ciudades, los profesionales liberales, notadamente los abogados, hacían el papel de historiadores: en el mundo rural, los cuadros de la sociedad tradicional, miembros de la Iglesia y de la nobleza, dominaban los estudios históricos (Carbonell, 1976).

Solamente a principios de la III República, en los años 1870, se alteró el lugar de la historia en la sociedad francesa, y se establecieron las reglas y las prácticas del *métier*, en un inmenso esfuerzo colectivo para romper con el antiguo estado de cosas. Las nuevas élites republicanas -preocupadas con la utilización política que los conservadores hacían de la historia-, se empeñaron desde la llegada al poder en asumir el control de las instancias de producción de la memoria colectiva del país.

Fue en ese contexto de afirmación de los historiadores profesionales que se planteó una condición indispensable para elaborar una historia científica: la visión retrospectiva. ¿Qué quería decir eso, exactamente?

La afirmación de la historia como una disciplina que poseía un método de estudio de textos que le era propio, con una práctica regular para descifrar documentos, resultó en la concepción de la objetividad como un distanciamiento con respecto a los problemas del presente. Por lo tanto, solo un retroceso en el tiempo podría asegurar una distancia crítica. Si se creía que la capacitación del historiador se debía al hecho de que sólo él podía interpretar los rasgos materiales del pasado, su trabajo no podría empezar verdaderamente sino cuando ya no hubiese testimonios vivos de los mundos estudiados. Para poder interpretar los rasgos, era necesario que hubiesen sido archivados. Desde que un evento era producido, el mismo pertenecía a la historia; pero para que se tornase un elemento del conocimiento histórico erudito, había que esperar varios años para que los rasgos del pasado pudiesen ser archivados y catalogados (Noiriel, 1998.)

Charles Seignobos, coautor, con Charles Langlois, de *Introduction aux études historiques*, manual publicado en 1898 cuyo texto definía las reglas de la historia escrita, pretendía divulgar los procedimientos y principios de la práctica de la historia científica entre jóvenes estudiantes e historiadores. A su juicio, la historia tenía como objetivo describir "por medio de documentos" a las

sociedades pasadas y sus metamorfosis. El documento y su crítica eran esenciales para distinguir la historia científica de la historia literaria (practicada por la generación precedente), o sea, los profesionales de los ensayistas.

Para Seignobos, la práctica científica de la historia debía limitarse a la enseñanza superior y a los períodos anteriores. En su concepción, para escribir la historia contemporánea serían impracticables las reglas del *méthode historique* (Prost, 1994.) Por lo tanto, los historiadores profesionales debían rechazar los estudios sobre el mundo contemporáneo, pues en ese terreno sería imposible alejar a los aficionados.

El desprecio de los historiadores universitarios hacia la historia reciente explica, asimismo, el porqué de la descalificación de los testimonios directos. Ese campo de los estudios históricos terminó convirtiéndose en monopolio de los historiadores aficionados. La situación se explica debido al hecho de que el período reciente no exigía una amplia cultura clásica, ni el control de los procedimientos eruditos del método histórico. Quienes se interesaban por lo contemporáneo concebían, en realidad, la investigación histórica como un medio de acción política.

Se tomaron algunas iniciativas con el propósito de romper esa barrera y ampliar el espacio temporal de los estudios históricos. Pero, en gran medida, se mantuvo la interdicción de los estudios de los períodos recientes.

La historia contemporánea pasó a tener un carácter esencialmente pedagógico, pues su práctica escapaba a las reglas básicas del método histórico científico. Los historiadores profesionales republicanos decían que la historia contemporánea trataba de eventos muy próximos y no se podía separarla de la política.

¿Cómo justificar que historiadores profesionales como el propio Seignobos y Lavissee escribiesen libros sobre el período reciente? La respuesta era de que se trataba de obras de vulgarización elaboradas para enseñanza

secundaria, que tenían carácter pedagógico y debían formar ciudadanos. Su finalidad no era producir hechos nuevos, sino divulgar interpretaciones nuevas de hechos ya conocidos. Los autores agregaban a ese argumento que la historia contemporánea, esencialmente política, se basaba en fuentes oficiales. Como esas fuentes eran consideradas auténticas, la crítica de las fuentes, inherente al método histórico aplicado al pasado, podría ser dispensable (Prost, 1994.)

Esa forma de pensar la historia en general y lo contemporáneo en particular, fue objeto de intensos debates a fines de siglo entre historiadores y sociólogos (Reberioux, 1992.) Los sociólogos vinculados a Durkheim, en particular Simiand, formularon críticas vehementes a Seignobos y al método de investigación que él concibió para asegurar la objetividad. A su juicio, retroceder en el tiempo no garantizaba la objetividad de la historia, pues todo historiador es tributario de su época.

Los sucesores de Seignobos intentaron mostrar que era posible utilizar el método histórico para estudiar la época contemporánea. Dichas iniciativas de los historiadores profesionales pretendían retirar la historia reciente de manos de los historiadores aficionados. Pero permaneció la desconfianza sobre el tiempo reciente.

Después de haber disfrutado de amplio prestigio, la concepción de historia basada en las conjeturas de la *méthode historique* formuladas por los historiadores en la segunda mitad del siglo XIX entró en proceso de declinio.

La creación, en Francia, de la revista *Annales*, en 1929, y de la *École Pratique des Hautes Études*, en 1948, daría impulso a un profundo movimiento de transformación en el campo de la historia. En nombre de una historia total, una nueva generación de historiadores, conocida como *École des Annales*, pasó a cuestionar la hegemonía de la historia política, atribuyéndole un interminable

número de defectos -era una historia elitista, anecdótica, individualista, factual, subjetiva, sicologizante. En contrapartida, el grupo defendía una nueva concepción, en que lo económico y lo social ocupaban un sitio privilegiado.

Esa nueva historia sustentaba que las estructuras durables son más reales y determinantes que los accidentes coyunturales. Sus conjeturas eran que los fenómenos inscriptos en una larga duración son más significativos que los movimientos pocos amplios, y que las conductas colectivas tienen más importancia sobre el curso de la historia que las iniciativas individuales. Las realidades del trabajo y de la producción, y ya no de los regímenes políticos y los eventos, tendrían que ser objeto de la atención de los historiadores. Lo fundamental era el estudio de las estructuras, en que asume la primacía ya no lo que está al descubierto, lo que se ve, sino lo que está por detrás. Lo que importa es identificar las relaciones que, independientemente de las percepciones y las intenciones de los individuos, comandan los mecanismos económicos, organizan las relaciones sociales, engendran las formas del discurso. De ahí la afirmación de una separación radical entre el objeto del conocimiento histórico propiamente dicho y la conciencia subjetiva de los actores.

Esa nueva forma de hacer historia no alteró la posición anterior en lo que respecta al período en causa y a las fuentes. De la misma forma que en la historia llamada *événementielle*, los períodos que recibieron mayor atención y se tornaron objeto de estudios renovadores fueron prioritariamente el medioeval y el moderno. El siglo XX recibió el estigma del objeto de estudio problemático, y la legitimidad de su abordaje por la historia fue cuestionada constantemente. La imposibilidad de retroceder en el tiempo, aliada a la dificultad de apreciar la importancia y la dimensión a largo plazo de los fenómenos, al igual que el riesgo de caer en el mero relato periodístico, fueron presentados una vez más como impedimentos para la historia del siglo XX. Y aunque Jacques Le Goff haya señalado la conquista de la historia contemporánea por la nueva historia

como una tarea urgente, poco se hizo en ese sentido. Lo contemporáneo podía ser materia de las ciencias sociales en general, pero no de la historia. Con ello, la historia reciente se convirtió en una historia sin historiadores.

La inmensa transformación que tuvo lugar en el campo de la historia a partir de Francia, y que se difundió hacia otros países, tampoco cuestionó la valorización de las fuentes escritas. Al contrario, la reafirmó. Al valorizar el estudio de las estructuras, de los procesos de larga duración, la nueva historia atribuyó una importancia fundamental a las fuentes seriales y a las técnicas de cuantificación. En contrapartida, al desvalorizar el análisis del papel del individuo, de las coyunturas, de los aspectos culturales y políticos, también descalificó el uso de los relatos personales, de las historias de vida, de las autobiografías. Se condenaba su subjetividad, se levantaban dudas sobre las visiones distorsionadas que presentaban, se enfatizaba la dificultad de lograr relatos fidedignos. También se alegaba que los testimonios no podían ser considerados representativos de una época o de un grupo, pues la experiencia individual expresaba una visión particular que no permitía generalizaciones. No es necesario decir que los historiadores identificados con la tradición de *Annales* excluyeron la posibilidad de valorizar los testimonios directos y las fuentes orales.

Asentada en principios que sustentaban la necesidad del distanciamiento temporal del investigador ante su objeto, por medio de lo que los historiadores suelen llamar *visión retrospectiva*, o sea, la posibilidad de trabajar con procesos históricos cuyo desenlace ya se conoce, la historia creaba limitaciones para el trabajo con la proximidad temporal, por temer que la objetividad de la investigación pudiese verse comprometida.

Sin embargo, a partir de los años ochenta, se registraron transformaciones importantes en los diferentes campos de la investigación histórica. Se revalorizó el análisis cualitativo y se rescató la importancia de las experiencias

individuales; o sea, se trasladó el interés de las estructuras hacia las redes, de los sistemas de posiciones hacia las situaciones vividas, de las normas colectivas hacia las situaciones singulares. Paralelamente, la historia cultural logró un nuevo impulso, hubo un renacimiento del interés por lo político y se incorporaron a la historia el estudio de lo contemporáneo y los debates en torno de la memoria.

2. La memoria en debate

La profundización de las discusiones sobre las relaciones entre pasado y presente en la historia, y la ruptura con la idea que identificaba objeto histórico y pasado, definido como algo totalmente muerto e incapaz de ser reinterpretado en función del presente, abrieron nuevos caminos para el estudio de la historia del siglo XX. A su vez, la expansión de los debates sobre la memoria y sus relaciones con la historia ofreció las llaves para una nueva inteligibilidad del pasado (Rousso, 1993.)

Según Patrick Hutton (1993), el interés de los historiadores por la memoria fue, en gran medida, inspirado en la historiografía francesa, sobre todo la historia de las mentalidades colectivas que emergió en los años sesenta. En esos estudios, que focalizaban principalmente la cultura popular, la vida familiar, los hábitos locales, la religiosidad etcétera, la cuestión de la memoria colectiva ya estaba implícita, aunque no fuese directamente abordada.

Uno de los primeros autores que llamó la atención sobre el tema de la memoria, según Hutton, fue Philippe Ariès, quien destacó el papel de los rituales conmemorativos con el propósito de fortalecer los lazos familiares a fines del siglo XVIII e inicio del siglo XIX. Ariès llamaba la atención sobre el papel de los monumentos, de las conmemoraciones en torno de ilustres figuras políticas a lo largo del siglo XIX, y de cómo ellos se relacionaban con la emergencia de los

Estados nacionales. Siguiendo el sendero abierto por Ariès, en los años ochenta surgió un nuevo género de historiografía: la historia de las políticas de conmemoración (*history of the politics of commemoration*.) El pionero en ese género fue Maurice Agulhon, quien analizó la imagen de la República en Francia (1789-1879) en su obra *Marianne au combat* (1979.)

El trabajo de Agulhon inspiró a mucha gente y, algunos años después, el tema de la memoria política, principalmente los temas vinculados al proceso de construcción de imágenes en las prácticas conmemorativas, planteó una cuestión central en la producción historiográfica. En ese contexto, se destaca la formulación teórica del sociólogo Maurice Halbwachs, pasando a integrar el universo teórico de los historiadores. De acuerdo con Halbwachs, la memoria envuelve una relación entre la repetición y la rememoración. Cabe resaltar que, al analizar la repetición de las memorias, Halbwachs observó que ella ocurre juntamente con su revisión. Otro punto relevante de la investigación es la formulación de que la memoria colectiva depende del poder social del grupo que la detiene. Porque, en la rememoración, nosotros no nos acordamos de las imágenes del pasado como sucedieron, sino de acuerdo con las fuerzas sociales del presente que están actuando sobre nosotros (Hutton, 1993.)

Ese aporte ofrece elementos para elaborar una historia de las conmemoraciones. Al investigar las imágenes en las cuales los actores históricos representan su mundo, los historiadores pueden identificar las estructuras de la imaginación colectiva y el poder del grupo social que las creó.

Tomando como referencia los aportes de Halbwachs, en su obra *Les lieux de mémoire*, Pierre Nora plantea una nueva historia de las políticas de memoria y una historia de las memorias colectivas de Francia.

La valorización de una historia de las representaciones, del imaginario social y de la comprensión de los usos políticos del pasado por el presente, promovió una reevaluación de las relaciones entre historia y memoria; y

permitió asimismo a los historiadores repensar las relaciones entre pasado y presente y definir el estudio de los usos del pasado para la historia del tiempo presente. Nora profundiza la distinción entre el relato histórico y el discurso de la memoria y los recuerdos. La historia trata de producir un conocimiento racional, un análisis crítico por medio de una exposición lógica de los acontecimientos y vidas del pasado. La memoria también es una construcción del pasado, pero pautada en emociones y vivencias; es flexible, y los eventos son recordados a la luz de la experiencia subsiguiente y de las necesidades del presente (Vilanova, 1994).

Dicha perspectiva, que explota las relaciones entre memoria e historia, permitió una apertura hacia la aceptación del valor de los testimonios directos, al neutralizar las críticas tradicionales y reconocer que la subjetividad, las distorsiones de los testimonios y la falta de veracidad que se les imputa pueden ser encaradas de una nueva manera, no como una descalificación, sino como una fuente adicional para la investigación (Polak, 1993.)

Si, por una parte, las transformaciones en el campo de la historia pueden ser consideradas positivas, en la medida en que permiten una reflexión histórica menos segura de ella misma, pero más viva, algunos diagnósticos recientes de especialistas de renombre llaman la atención sobre la crisis epistemológica que acompaña el estremecimiento de las antiguas certezas de los historiadores.

El cuestionamiento de la creencia en un pasado fijo y determinable, la pérdida de confianza en la cuantificación, el abandono de ciertos objetivos históricos o el cuestionamiento de nociones como mentalidad, de categorías como clases sociales, de clasificaciones socio profesionales y de modelos de interpretación (estructuralista, marxista, demográfico) hicieron que la historia, a juicio de Roger Chartier (1993), perdiese su posición de disciplina aglutinadora de las ciencias sociales. A su vez, el reflujo de los grandes modelos explicativos condujo a una gran dispersión, haciendo que las principales tradiciones

historiográficas perdiesen su unidad, explotando en proporciones múltiples y, a veces, contradictorias.

Todos esos cambios crearon un espacio nuevo para el estudio de los períodos recientes y la incorporación de fuentes orales, pero permitieron asimismo la permanencia de antiguas resistencias.

3. La fuerza de las tradiciones

La recolección de testimonios personales mediante la utilización de un grabador se inició en los años cuarenta con el periodista Allan Nevins, quien desarrolló un programa de entrevistas volcado en la recuperación de informaciones acerca de la actuación de los grupos dominantes norteamericanos. Dicho programa constituyó el Columbia Oral History Office, organismo que sirvió de modelo para otros centros creados en los años cincuenta en bibliotecas y archivos en Texas, Berkeley y Los Ángeles. Ese primer ciclo de expansión que se llamó historia oral privilegió el estudio de las élites y se atribuyó la tarea de llenar las lagunas del registro escrito mediante la formación de archivos con cintas transcritas.

La expansión plena de ese proceso, que constituyó un verdadero *boom*, tuvo lugar en la segunda mitad de los años sesenta, prolongándose a lo largo de los años setenta, especialmente en los EEUU. Las luchas por los derechos civiles, libradas por las minorías, negros, mujeres, inmigrantes etcétera, serían ahora las principales responsables de la afirmación de la historia oral, que trataba de dar voz a los excluidos, recuperar las trayectorias de los grupos dominados, retirar del olvido lo que la historia oficial había sofocado durante tanto tiempo. La historia oral se afirmaba como un instrumento de construcción de identidad de grupos y de transformación social -una historia oral militante.

La introducción de la historia oral en la comunidad de los historiadores, pese a algunos puntos de afinidad con la nueva historia, que valorizaba el estudio de los excluidos, siguió pues enfrentado fuertes resistencias. Es cierto que en los EEUU y en Inglaterra el uso de las fuentes orales encontró mayor aceptación, propiciando el desarrollo de una línea expresiva de trabajo volcada en el estudio de la clase trabajadora y de las minorías. Cumple señalar la originalidad de la historia oral británica, que no se caracterizó prioritariamente como académica o universitaria.

En Francia, la fuerte presencia de la *École des Annales* y el dominio de abordaje estructural y cuantitativo de la historia, como ya dijimos, se revelaron factores inhibidores del uso de las fuentes orales, asegurando el culto al registro escrito.

Lo que se puede percibir, por lo tanto, es que la historia oral se desarrolló de entrada, en gran medida, fuera de la comunidad de los historiadores. Aunque guardando las especificidades propias de los diferentes países con sus distintas tradiciones historiográficas, el fetichismo del documento escrito, la creencia en la objetividad de las fuentes y la concentración del interés en los períodos más remotos del tiempo, han destinado a la discusión sobre la historia real - o inclusive solamente sobre el uso de las fuentes orales- un espacio bastante restringido en el contexto de los debates técnico-metodológicos de los historiadores.

Sin embargo, las transformaciones recientes que tuvieron lugar en el campo de la historia, en general, y en la historia del siglo XX, en particular, generaron una nueva discusión sobre el papel de las fuentes históricas, permitiendo que la historia oral ocupe un nuevo espacio en los actuales debates historiográficos.

Veamos cuáles son esas transformaciones.

En primer lugar, la emergencia de la historia del siglo XX con un nuevo estatuto, que algunos definen como la historia del tiempo presente, por lo tanto que tiene la singularidad de convivir con testimonios vivos quienes, bajo cierto aspecto, condicionan el trabajo del historiador y pone obligatoriamente en foco los testimonios orales. Además, las propias transformaciones de las sociedades modernas y los consecuentes cambios en el contenido de los archivos, que pasan cada vez más a disponer de registros sonoros, impulsan la tendencia a una revisión del papel de las fuentes escritas y orales.

Por otra parte, el retorno de lo político y la revalorización del papel del sujeto estimulan el estudio de los procesos de toma de decisión. Ese nuevo objeto de análisis también da mayor oportunidad al uso de los testimonios orales. Los archivos escritos difícilmente dejan trasparecer los meollos tortuosos de los procesos decisorios. Muchas decisiones son tomadas a través de la comunicación oral, de articulaciones personales; el número de problemas resueltos por teléfono o personalmente no cesa de crecer. Para suplir esas lagunas documentales, los testimonios orales son sumamente valiosos.

La línea historiográfica que explota las relaciones entre memoria e historia rompe con una visión determinista que limita la libertad de los hombres, pone en evidencia la construcción de los actores de su propia identidad y replantea las relaciones entre pasado y presente al reconocer claramente que el pasado se construye según las necesidades del presente. Aunque basada en las fuentes escritas, permite una mayor apertura, capaz de neutralizar, en parte e indirectamente, las tradicionales críticas al uso de las fuentes orales, consideradas subjetivas y distorsionadas.

Al investigar los usos políticos del pasado reciente o al proponer el estudio de las visiones de mundo de determinados grupos sociales en construcción de respuestas para sus problemas, esas nuevas líneas de investigación permiten asimismo que las entrevistas orales sean vistas como

memorias que reflejan determinadas representaciones. De ese modo, las posibles distorsiones de los testimonios y la falta de veracidad que se les atribuye pueden ser encaradas de una nueva manera, no como una descalificación, sino como una fuente adicional para la investigación.

Todos esos aspectos que han caracterizado las transformaciones en el campo de la historia a partir de los años ochenta abrieron un espacio, sin duda, para el reconocimiento del uso de las fuentes orales. Sin embargo, para que se pueda asegurar una mayor legitimidad para la historia oral en el universo de los historiadores, se plantean nuevos desafíos y dificultades.

4. Historiadores x *history makers*

Los cambios drásticos y acelerados en las sociedades contemporáneas generan movimientos sociales mayoritariamente fragmentados, locales, con objetivos específicos y efímeros. En ese contexto, las personas tienden a reagruparse en torno de entidades primarias (religiosas, étnicas, territoriales, nacionales) como forma de lidiar con la extinción de fronteras y el resquebrajamiento de las tradiciones y de los lazos interpersonales (Castells, 1999).

Esa búsqueda desenfrenada por la identidad es la principal fuente significativa en un periodo histórico que se caracteriza por la amplia desestructuración de las organizaciones, la deslegitimación de las instituciones, el debilitamiento de importantes movimientos sociales y la emergencia de expresiones culturales efímeras.

La aceleración del tiempo y la preocupación con la pérdida de sentido del pasado y con el aumento de la capacidad de olvidar, han conducido a las sociedades contemporáneas a demostrar gran interés en recuperar la memoria y la historia.

Finalmente, ¿cuál es la razón del interés reciente por temas como memoria e identidad, que se manifiesta en una búsqueda generalizada de orígenes familiares, institucionales y sectoriales? Tal vez esa sea la contrapartida de un proceso de globalización que ha transformado visiones de mundo y conductas, acelerando el tiempo de la historia y produciendo un sentimiento de seguridad. ¿Volver a los orígenes significa reconstituir el trayecto recorrido para definir el rumbo del viaje?

Dicha tendencia es detectada por David Lowenthal (1996) cuando afirma: "No sólo los aristócratas obcecados por los ancestrales, ni solamente los super-ricos coleccionistas de antigüedades, o los anticuarios académicos, o *gentry* visitantes de museos: ahora, millones de personas persiguen sus raíces, protegen escenas amadas, se tornan devotas de pequeñas reliquias del pasado. Esa búsqueda de la tradición refleja los traumas de pérdidas y cambios, al igual que los miedos ante un futuro asustador" (Apud Kammen, 2000:233.)

El diagnóstico de John Gillis (1994) es de que la memoria se ha convertido en un gran negocio y, con ello, la conmemoración en sí pasó a tener más importancia que lo que está siendo recordado. La memoria adquirió, así como casi todo el mundo contemporáneo, un atributo de mercadería. Las exposiciones en los museos, al igual que los eventos conmemorativos, se parecen cada vez más a espectáculos, afirma Gillis. Entre las múltiples memorias en circulación, solo quienes puedan referirse al individuo, de modo casi particular, han pasado a ser objeto de embestidas, de celebraciones. La memoria invade el cotidiano, pero en la mayoría de las veces sólo como un producto más para satisfacer parcialmente una demanda por identidad.

Ese interés por el pasado se ha manifestado de forma variada y ha establecido una confusión entre historia y memoria y entre lo que es ser historiador y *history maker*. Esa denominación es atribuida a los autores que escriben sobre el pasado sin utilizar las reglas establecidas por la comunidad

académica, o que recogen testimonios orales convencidos de que el relato individual expresa en sí mismo la historia. En fin, se generaliza una confusión entre historia-objeto e historia-conocimiento, entre historia vivida e historia como una operación intelectual. Ha sido creciente en los últimos tiempo la demanda del gran público por la historia vivida y la valorización de las obras de los *history makers*. Esa producción fue considerada la más atrayente por presentar una narrativa de lectura más agradable y de más fácil comprensión. Se establece pues una competencia entre dos formas de acceso al pasado y se reactualiza la disputa entre aficionados y profesionales. La historia oral, un instrumento privilegiado para recuperar memorias y rescatar experiencias de historias vividas, ha sido ampliamente utilizada por esos sectores y llevada a la condición de una disciplina. En ese caso, la recolección de testimonios y su publicación se transforman en un fin en sí mismo y no deben ser sometidos al análisis crítico de la investigación histórica

5. Historia oral: un laboratorio de reflexión metodológica

Las críticas constantes de los historiadores tradicionales a la historia oral estimulan a quienes la practican a hacer una permanente reflexión y evaluación de sus procedimientos de investigación. Ese esfuerzo de respuesta a las críticas recibidas ha tenido un saldo positivo que no debe ser subestimado. La Historia Oral tiene como primer objetivo la producción de entrevistas que serán utilizadas como fuentes históricas. Exactamente por trabajar con testimonios directos, en coyunturas y procesos históricos cuyos desenlaces aún no se conocen, en consecuencia de la proximidad de los fenómenos estudiados, la historia oral exige un cuidado y una atención redoblada de los investigadores al conducir sus proyectos de investigación.

Al poner en evidencia las condiciones de producción de las fuentes y la relación de éstas con el investigador, la historia oral crea problemas a la propia noción de fuente. Tal vez sea ése el gran aporte metodológico de la historia oral en la actualidad. Al estimular ese tipo de debate ella puede funcionar como una brújula no sólo en el mapeo de problemas, sino también indicando caminos para enfrentar la emergencia de nuevos tipos de archivo (sonoros, visuales y virtuales).

Por otra parte, la aceleración del tiempo y la extinción de fronteras, a que asistimos hoy día, conducen a una búsqueda generalizada de la memoria. La historia oral es un camino rico para superar las oposiciones entre memoria e historia, y abre posibilidades para entender los caminos de construcción de la memoria, sus funciones y sus usos políticos.

Referencias Bibliográficas

- BÉDARIDA, François. Temps présent et présence de l'histoire. In: INSTITUT d'Histoire du Temps Présent. *Ecrire l'histoire du temps présent*. Paris, CNRS Editions, 1993.
- BOUTIER, Jean, [et] JULIA, Dominique (orgs) (1998). Passados Recompuestos. Rio de Janeiro, Ed. UFRJ/ Ed. FGV.
- CARBONELL, Charles Oliver. La naissance de la *Revue Historique*: une revue de combat (1876-1885), *Revue Historique*, n° 518, avr.-juin. 1976, p. 337-351.
- CASTELLS, Manuel (1999). *A sociedade em rede*. São Paulo, Paz e Terra.
- CHARLE, Christophe. *Paris fin de siècle: culture et politique*. Paris, Seuil, 1998.
- CHARTIER, Roger et alii. Inquiétudes et certitudes de l'histoire. *Le Débat. Histoire politique société*. Paris, n° 103, 1999.
- CHARTIER, Roger. Le regard d'un historien moderniste. In: INSTITUT d'Histoire du Temps Présent. *Ecrire l'histoire du temps présent*. Paris, CNRS Editions, 1993.
- FERREIRA, Marieta de M. & AMADO, Janaína (orgs.). *Usos e abusos da história oral*. Rio de Janeiro. Ed. Fundação Getulio Vargas, 1996.
- GILLIS, John. (1994) *Comemorations: the politics of national identity* Princeton, Princeton University Press.
- HALBWACHS, Maurice. *Les cadres sociaux de la memoire*. 1994. Albin Michel. Paris.

- HOBSBAWM, Eric J. Un historien et son temps présent. In: INSTITUT d'Histoire du Temps Présent. *Ecrire l'histoire du temps présent*. Paris, CNRS Editions, 1993.
- HUTTON, Patrick. *History as an art of memory*. University of Vermont. University Press of New England. USA, 1993.
- HUTTON, Patrick. *The History of mentalities*. The new map of cultural History. History and Theory. 20/3. 1981. 237-59.
- INSTITUT d'Histoire du Temps Présent. *L'histoire et le métier d'historien en France – 1945-1995*. Paris, Ed. Maison des Sciences de l'Homme, 1995.
- JOUTARD, Philippe (2002). Palestra proferida na Casa de Rui Barbosa. Agosto, 2002.
- JOUTARD, Philippe. *Ces voix qui nous viennent du passé*. Paris, Hachette, 1983. p. 100.
- KAEHLBLE, Hartmut. La *Zeitgeschichte*, l'histoire allemande et l'histoire internationale du temps présent. In: INSTITUT d'Histoire du Temps Présent. *Ecrire l'histoire du temps présent*. Paris, CNRS Editions, 1993.
- KAMMEN, Michael (1992) *Mystic Chords of Memory : the transformation of tradition in American Culture*. New York, the transformation of tradition in American culture." (New York, Alfred A. Knopf.
- KAMMEN, Michael (2000). Carls Becker redivivus or, is everyone really a historian? *History and Theory*, v. 39 / number 2/.
- LEVI, Giovanni. Les usages de la biographie. *Annales - Economie, Société, Civilisations* (6):1.325-36, 1989.
- LOWENTHAL, David (1996). *Possessed by the past: the heritage crusade and the spoils of history*. New York.

- NOIRIEL, Gérard. Naissance du métier d'historien. *Genèses*, Paris, n° 1, sept. 1990, p. 58-87.
- NOIRIEL, Gérard. *Qu'est-ce que l'histoire contemporaine?* Paris, Hachette, 1998.
- NOIRIEL, Gérard. *Sur la crise de l'histoire*. Paris, Belin, 1997.
- NORA Pierre (dir.). *Les lieux de mémoire*. Paris, Gallimard, 1984, 1988, 1993. 7 vs.;
- OZOUF, Mona. Le passé recomposé. *Magazine Littéraire* (307), fev. 1993.
- POLLAK, Michael. *L'historien et le sociologue: le tournant épistémologique des années 1960 aux années 1980*. In: INSTITUT d'Histoire du Temps Présent. *Ecrire l'histoire du temps présent*. Paris, CNRS Editions, 1993.
- POLLAK, Michael. Memória, esquecimento, silêncio. *Estudos Históricos* (3):3-15, 1989; e Memória e identidade social. *Estudos Históricos* (10):200-15,1992;
- PROST, Antoine. Douze leçons sur histoire. Paris, s. ed., 1994.
- PROST, Antoine. *Enjeux-Seignobos revisités – Vingtième siècle – Revue d'histoire*, n° 43, juill-set 1994
- REBERIOUX, Madeleine. Preface in Langlois C. Et Seignobos, Charles. Introduction aux études historiques (1898), Paris. Éditions Kimé, 1992.
- RÉMOND, Réne. *Quelques questions de portée générale en guise d'introduction*. In: INSTITUT d'Histoire du Temps Présent. *Ecrire l'histoire du temps présent*. Paris, CNRS Editions, 1993.

- ROUSSO, Henry. La mémoire n'est plus ce qu'elle était. In: INSTITUT d'Histoire du Temps Présent. *Ecrire l'histoire du temps présent*. Paris, CNRS Editions, 1993.
- VILANOVA, Mercedes. Travaux d'histoire orale à Barcelone. *Bulletin de l'IHTP* (2):22-3,1980.
- VILANOVA, Mercedes. L'histoire du temps présent em Espagne. In: Ecrire l'histoire du temps présent. Institut d'Histoire du temps présent. P. 89-93. Paris, 1993.
- VILANOVA, Mercedes. Pensar a subjetividade – estatísticas e fontes orais. In: História Oral e Multidisciplinaridade, org. Marieta de Moraes Ferreira, Diadorim Editora Ltda., 1994.
- VOLDMAN, Danièle. Définitions et usages. *Les Cahiers de l'IHTP* (21):33-53, nov. 1992.
- VOLDMAN, Danièle. La place des mots, le poids des témoins. In: INSTITUT d'Histoire du Temps Présent. *Ecrire l'histoire du temps présent*. Paris, CNRS Editions, 1993.